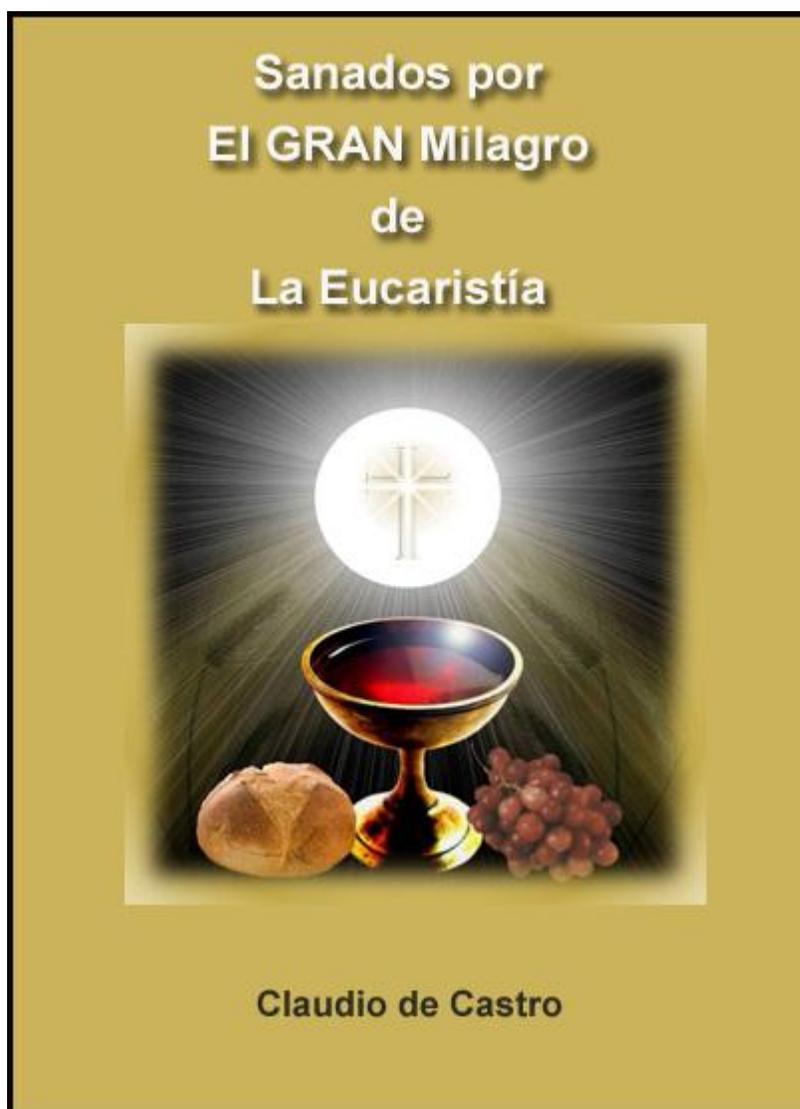


Sanados por el GRAN Milagro de la Eucaristía



Claudio de Castro

Sanación Interior

Índice

EL AUTOR
LA MISA DIARIA
EL VALOR DE UNA MISA
LA SANTA MISA
MI VECINO
CUANDO JESÚS TE LLAMA
CONVERSIONES EUCARÍSTICAS
VISITANDO A JESÚS
¿VAS A MISA?
LA COMUNIÓN ESPIRITUAL
CUANDO OLVIDAMOS A JESÚS
UN DOMINGO ESPECIAL
UN DÍA PERDIDO
QUE ME ACERQUE POR AMOR
LA CARICIA DE DIOS
REFLEXIONES
LA COMUNIÓN DIARIA
LA EXPERIENCIA DE CARLOS
¿POR QUÉ DUDAMOS?
UNA CAPILLA CERCANA
EL OTRO LADO DE LA CALLE
LO IMPORTANTE
CONFIA
QUÉ QUIERO DE DIOS
UN GESTO DE AMOR
ORACIÓN PARA REZAR
UN ESCRITOR CATÓLICO

Para Vida, mi esposa
Y mis hijos:
Claudio Guillermo,
Ana Belén,
José Miguel
Y Luis Felipe

“Vengan a mí todos los que van cansados llevando pesadas cargas y yo los aliviaré”. (Mt 12,28)

“Hay en la Santa Misa tantos misterios como gotas de agua en el mar, como átomos de polvo en el aire y como ángeles en el cielo; no sé si jamás ha salido de la mano del Altísimo misterio más profundo”.

San Buenaventura.

EL AUTOR

Soy Claudio de Castro, autor de libros como “El Gran Secreto para obtener lo que le pides a Dios”, “Nunca te rindas” y “Para recuperar la Paz”, obras que llevan más de 20 ediciones dispersos en 15 países. Mi primer libro lo escribí a los 18 años, en ese tiempo soñaba con ser un escritor. Actualmente es mi oficio, me dedico a escribir.

He publicado numerosos libros católicos de auto ayuda, vida en familia y vida interior. Me encanta leer y escribir. Sobre todo disfruto mucho la presencia de Dios. Me siento como un niño pequeño que va seguro por la vida de la mano de su padre. No hay forma humana de explicar esta maravillosa experiencia. Tienes que vivirla.

Estoy casado desde hace 30 años. Mi esposa se llama Vida y tenemos 4 hijos. Yo desordenado, mi esposa extremadamente ordenada. Supongo que es un don que tienen todas las esposas.

“Las llaves de mi auto, ¿dónde están?”

“Donde las dejaste ayer”, me responde Vida.

Las esposas siempre tienen una respuesta para todo.

He aprendido a reconocer en la mujer una fortaleza única y singular, una inteligencia y dones admirables, una ternura y capacidad de perdón, que sobrepasa todo nuestro entendimiento. Y he aprendido que si confías en Dios, te irá bien. Él es la respuesta a nuestras inquietudes. Por eso mis prioridades son sencillas; Dios, mi familia y mi trabajo.

LA MISA DIARIA

A menudo medito en las cosas que me ocurren. He notado que cuando dejo la misa diaria, la vida se me hace más inquietante. Dejo de ver las cosas con claridad, me expongo a mayores peligros, para mi alma.

Últimamente he abandonado esa hermosa costumbre, habituarme a ser un sagrario vivo y llevar a Jesús a los demás.

Dejar que Dios habite en mí y yo en él.

Nos llenamos de pereza y de pronto un día dejamos de ir, luego otro y otro y cuando acordamos nos hemos convertido en personas dominicales.

Venía pensando en esto. Cuando dejo la comunión diaria, las tentaciones son más frecuentes, más intensas. Y caigo con mayor facilidad. Soy otro Claudio, el que no quiero ser.

Ya lo decía el buen Padre ángel: “Quien no ora no necesita diablo que lo tienta”. La Eucaristía es la más perfecta de las oraciones, la más enriquecedora, la que más llena el alma de gracias y consuelos.

Me propuse retornar a la misa diaria. Hoy fue mi primer nuevo día. Un nuevo acercamiento con Jesús

Sacramentado.

Me pasaron dos cosas curiosas. Fui a una capilla pequeña, familiar. Llegué unos minutos tarde. La capilla estaba llenísima. El padre al verme entrar y mirar a todos lados, buscando donde sentarme, me dijo desde el altar: “Ven Claudio, siéntate a mi izquierda”.

Y yo pensaba: “Señor, ¿por qué me tienes tan cerca de ti?” Y sentía en el corazón esta respuesta: “porque te amo”.

Al terminar la misa una señora se me acercó y me dijo:

“He sentido en el corazón que debo decirte estas palabras: Toda persona que Evangelice y se dedique a seguir mi camino debe acercarse a la Eucaristía diaria”.

Así es Señor, volveré a verte todos los días.

Y estar contigo.

Y vivir en ti, por ti y para ti.

EL VALOR DE UNA MISA

Señor: He pasado inquieto.

Eres tan maravilloso, superas todas nuestras Expectativas.

Nos llamas a cada uno por nuestro nombre y nos pides que te amemos y vivamos el Evangelio.

Eres el Buen Pastor, tus ovejas escuchan tu voz, pero a veces nos perdemos en el camino. Ven a nuestro encuentro Jesús.

Hijo mío: ¿Acaso no te das cuenta?

Te espero todos los días, en la Eucaristía, para llenarte de gracias y consuelos. Para sanar tus heridas y restaurar tu vida.

La Eucaristía es el mayor regalo de Amor que mi padre le puede hacer a la humanidad.

Bien lo dijo san Anselmo:

“Una sola misa ofrecida y oída en vida con devoción, por el bien propio, puede valer más que mil misas celebradas por la misma intención, después de la muerte.”

Y el buen cura de Ars:

“Sí supiéramos el valor del Santo Sacrificio de la Misa, qué esfuerzo tan grande haríamos por asistir a ella”.

LA SANTA MISA

Hoy fui a misa temprano.

He descubierto en la misa diaria un consuelo, una alegría indescriptible, una paz sobrenatural que en ningún otro lugar se puede hallar. Sientes que Jesús te sana, te envuelve, te ama. Por eso voy cada vez que puedo.

Recuerdo una vez que salía ilusionado de la iglesia. Iba con tal gozo que el sacerdote, que charlaba con una persona en la puerta, me detuvo y con cariño advirtió:

“Llevas una alegría muy grande”. Yo sólo sonreí, sin poder contener esta paz que se desbordaba en mi alma.

— Regálame un poco — me dijo entonces sonriendo.

— No es mía — le respondí. Y señalé al Sagrario —. Es de Jesús. Él es quien la da.

— Es verdad —reconoció el buen sacerdote —. También le pediré.

Y se despidió con un abrazo, emocionado.

¡Qué bueno eres Señor,

que te has quedado con nosotros!

Recuerdo siempre con emoción aquél niño paralítico que fue llevado a Lourdes por sus padres, esperando que Jesús lo sanara. Llegó el momento de la procesión con el Santísimo Sacramento. El sacerdote se detuvo frente a él, lo bendijo con el Santísimo y nada ocurrió.

Al rato, el sacerdote volvió a pasar con la custodia llevando al Santísimo y el niño le gritó: “Jesús, si no me curas se lo diré a tu madre”.

Al instante quedó curado.

También recuerdo el caso de la mujer a la que se le murió su pequeño hijo enfermo. Lo cargó en sus brazos y corrió con él a la iglesia. Lo colocó sobre el altar, como una ofrenda de amor, y le dijo a Jesús: “Señor, es mi único hijo, ¿me lo vas a quitar?”

Y el niño recuperó el aliento.

MI VECINO

Jesús siempre ha sido mi vecino. Cuando era niño vivíamos enfrente de las Siervas de María. Tenían una capilla pequeña, y hermosa.

Me encantaba cruzar la calle para visitar a Jesús. Me daba ilusión verlo porque era mi amigo. Recuerdo que le preguntaba muchas cosas. Me he dado cuenta que he cambiado poco. Sigo preguntándole, lleno de inquietudes.

Ahora de grande, vivo frente a una residencia estudiantil. Suelo decir que Jesús es mi vecino, porque tienen un oratorio silencioso que invita a la oración. Jesús está siempre allí, en el sagrario. De noche me da por pensar en la gracia tan grande que es tenerlo de vecino.

Me asomo por la ventana y lo saludo. A Él le encantan estas ocurrencias y sonrío.

Hace poco me dio por preguntarle:

“¿Qué haces en el Sagrario? Yo puedo moverme libremente, donde lo desee, pero tú, estás como un prisionero, expuesto a que te lleven de un lugar a otro, esperando que alguien te visite. Durante este tiempo, ¿qué haces? ¿A qué te dedicas?”

Por la tarde fui a misa y le volví a preguntar. Me pareció que respondía: “¿Por qué tengo que hacer algo?”

Me basta amar. Ustedes siempre tienen prisa para ir de un lugar a otro, pero ¿aman? Lo más importante lo han olvidado”.

Al salir de misa, fui a ver a mi amigo el Padre Ángel. Sé que le ilusiona hablar de Jesús y le conté de mi inquietud.

“Me parece que Jesús quiere enseñarnos algo en el Sagrario”, le dije. Y visiblemente contento respondió:

“Debemos aprender las virtudes de Jesús en la Eucaristía”.

También me dijo algo que me gustó mucho: “Jesús se hace indigente, vulnerable, porque nos ama”.

Esto es algo que siempre me ha sorprendido. Jesús está allí, expuesto a todo, nuestro amor o nuestra indiferencia. Pude encontrar algunas respuestas a mi inquietud. Jesús en el Sagrario, nos enseña estas virtudes:

Paciencia.

Humildad.

Amor.

Confianza.

Silencio.

Serenidad.

Obediencia.

Todo me sorprende de Jesús.

Hablamos tanto que hemos olvidado lo grato que es recogernos en el silencio para meditar las maravillas del Señor.

Su silencio es una invitación a la oración. Su paciencia, a ser pacientes, su humildad, a ser humildes, su confianza, a confiar.

He llegado a esta conclusión: ¿Qué hace Jesús mientras nos espera? Amar. Arde de amor por la humanidad, por nosotros; y le pide al Padre que nos bendiga y nos llene de gracias.

Luego, cuando le recibimos en la Comunión, ¿qué hace? Nos convierte en sagrarios vivos, portadores del Amor, para que lo llevemos a los demás.

CUANDO JESÚS TE LLAMA

Cuando Jesús te habla no hay confusión. Todo es tan claro y transparente, todo te permite verlo. Te llenas de paz y serenidad. Es algo que siempre me ha sorprendido de Él.

Sus palabras me encantan. Me llenan de esperanza. Por eso las leo con tanta alegría.

Recuerdo cierta vez que fui a quejarme con Él. Tenía algunos problemas que no podía resolver y estaba preocupado. Me detuve frente a la Sagrario y le dije: “Ayúdame”. En ese mismo instante sentí que alguien tocaba mi hombro. Me volteo y encuentro a una persona enferma, tullida, que implora: “Ayúdame”. Volví a ver a Jesús y le sonreí. Había usado la misma palabra que le dije a Jesús.

Era como Jesús respondiera: “¿Ves que hay otros que necesitan de consuelo?”. Era verdad, este hombre necesitaba ayuda, más que yo. Por supuesto, lo ayudé sintiendo que ayudaba al mismo Jesús. Tal como solía decir san Alberto Hurtado: “El pobre es Cristo”.

Hace apenas dos días, durante la misa de la tarde, le pedí a Jesús: “No me dejes solo. Acompáñame siempre”. Y le pregunté: “¿Estarás conmigo?”

Cuando terminó la misa noté que al lado del altar habían colocado un pequeño letrero. Me acerqué a leerlo. Era la respuesta de Jesús...

Fue maravilloso. Decía:

“Yo estaré con ustedes

Todos los días, hasta el

fin del mundo”

(Mt 28, 18 – 20)

Acabas de salir del confesionario.

Te has encontrado con la Misericordia de Dios. Haces el propósito de no volver a ofenderlo. Le pides fuerzas y gracias abundantes para seguir por la vida en estado de gracia. Es una alegría tan grande. Tan inigualable.

Esta mañana me confesé. Me siento feliz. Quisiera que tú también experimentaras

esta alegría inmensa que brota del alma.

He podido ir al Sagrario y mirar a Jesús de frente, a los ojos. Cuánta paz. Tanta que se esparce a tu alrededor. Tienes la certeza que todos tus pecados te fueron perdonados y que Dios los olvidó. Por eso dejo de pensar en ellos y pienso en el llamado de Dios.

Qué maravillosa certeza. Sabes que Dios nuevamente habita en ti y tú en Él. Me recuerda esta promesa extraordinaria de Jesús: “Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán”. (Jn 15, 7)

Siento que he vuelto a vivir en su Amor y que mi corazón nuevamente es un sagrario vivo. Quisiera permanecer siempre en su Amor y dar frutos abundantes.

Espero con ansias el día de mañana para poder ir a misa y comulgar. Previo a confesarme pensaba: “Si uno de mis hijos viniera a mí, luego de cometer una tontería y me pidiera perdón, seguro le diría: “antes que hicieras esa tontería, ya te había perdonado” Si yo, imperfecto, soy así, ¿cuánto más puedo esperar de Dios que es todo Amor?”

Qué terrible es vivir con el pecado auestas. Es como estar sumergido en un foso oscuro y silencioso, sin esperanza de salir nunca. Vives arriesgando tu más grande regalo:

“Una maravillosa eternidad al lado de Dios”.

No vale la pena andar así. Es mejor acercarnos a Dios, como el hijo pródigo y pedirle perdón, acercarnos al confesionario y renovar nuestra amistad con el Padre Eterno.

¡Ánimo!

CONVERSIONES EUCARÍSTICAS

¿Escuchas la voz del Maestro? Jesús nos llama desde la Sagrario. Nos invita a visitarlo y consolarlo. A pasar ratos con Él.

En cuanto aprende a caminar, el niño Pedro Julián Eymard acompaña a la madre a la iglesia, y pronto irá por su cuenta varias veces al día. María Ana le sorprende en una ocasión detrás del altar, subido a un escabel, con la cabeza apoyada en el Sagrario: “Estoy escuchando, y desde aquí le oigo mejor”. A los años se hizo sacerdote y fundó la Congregación de los Sacerdotes del Santísimo Sacramento.

Basta una mirada de Jesús Sacramentado para cambiar el alma. Por esto suelo llevar a mis amigos a visitarlo en la Sagrario, cuando me cuentan sus problemas. “Sé quién puede ayudarte” les digo. Y los llevo ante Jesús.

Una mirada basta. Le bastó a André Frossard, siendo ateo, enemigo declarado de la Iglesia y secretario del partido comunista. Entró a una iglesia en busca de un amigo, Jesús lo miró y salió convertido. Escribió sus experiencias de aquella tarde extraordinaria en que Dios se hizo presente y publicó su libro:

“Dios existe. Yo me lo encontré”.

Lo he visto cientos de veces. Y no me quedan dudas. Jesús está allí, presente. Es el gran Tesoro de nuestra Iglesia. Si las personas conocieran nuestra Santa Religión, no tendrían deseos de abandonarla, buscar agua en el desierto, viviendo en un oasis de paz y felicidad.

He leído tantas historias de conversiones. Ateos que son enemigos declarados de la Iglesia. Súbitamente, son los mejores propagadores de la fe, con su conversión y el ejemplo de una santa vida. Basta empezar por Saulo de Tarso, el gran perseguidor de los cristianos quien terminó siendo el gran Pablo propagador de nuestra fe. El listado es interminable.

En 1907 se publicaba en París un libro de título sugerente: “Del diablo a Dios”, en el que su autor, Adolfo Retté, relata su conversión al catolicismo.

Era una persona violenta, infiel y constantemente se mofaba de la Iglesia. Siendo un ateo convencido, habló ante un grupo de obreros alabando los adelantos de la ciencia, atacó a la Iglesia y desconoció la existencia de Dios. Al salir, cuatro de sus oyentes lo llaman aparte y uno de ellos le pregunta:

“Sabemos que Dios no existe. Pero, puesto que el mundo no ha sido creado por nadie, quisiéramos saber cómo empezó *todo*. Inició en este momento una larga y profunda reflexión por encontrar la verdad. “¿Cómo? –se dice a sí mismo–, ¿la religión católica

tendría razón al afirmar que un pecador arrepentido y que acepta con alegría la penitencia por sus pecados llega a ser digno del Cielo? ¿Podría lavar mis pecados y salvarme? Pero entonces... ¡Eso significa que Dios existiría!... ¡Oh! Si Dios existiera, ¡qué suerte la mía!”.

Por la gracia infinita de Dios inició su camino en la fe. En su libro nos relata su experiencia con la reconciliación.

El 8 de agosto de 1847, Hermann Cohen, hebreo y músico; discípulo de Franz Liszt, se encuentra en Ems (Alemania) para dar un concierto, y asiste a la misa dominical en la pequeña iglesia católica de la ciudad. En el momento de la elevación de la Sagrada Forma, no puede contener un raudal de lágrimas.

“Espontáneamente, como por intuición, empecé a hacer una confesión general a Dios de todas las enormes faltas cometidas desde mi infancia: las veía allí mismo, desparramadas ante mí, a millares, horrendas, repulsivas...

Y sin embargo sentí también, mediante un sosiego desconocido que derramó su bálsamo en mi alma, que Dios Misericordioso me las perdonaría, que se apiadaría de mi sincera contrición, de mi amargo dolor... Sí, sentí que me perdonaba, y que aceptaba como expiación mi firme voluntad de amarlo sobre todas las cosas y de convertirme en adelante en Él.

Al salir de aquella iglesia de Ems, era ya cristiano de corazón...”.

A los años, Hermann entró al Carmelo, se hizo sacerdote y fundó la Asociación de la Adoración Nocturna de los hombres.

Hay tantos que han abandonado su fe. ¿Qué podría decirles? Prefiero que escuchemos una de las primeras homilías de Hermann:

“Hermanos míos; mi primera acción, al aparecer en este púlpito cristiano, debe ser una retractación de los escándalos que otrora tuve la desgracia de cometer en esta ciudad. ¿Con qué derecho, podréis decirme, vienes a predicar; tú, al que hemos visto arrastrándose sin pudor por el fango de la inmoralidad y haciendo profesión abierta de todos los errores?

Sí, hermanos míos, confieso que he pecado contra el Cielo y contra vosotros... Pero también he venido hacia vosotros cubierto con el hábito de la penitencia...

La Madre de Jesús me reveló la Eucaristía, conocí a Jesús, conocí a mi Dios, y pronto me hice cristiano. Pedí el Santo Bautismo, y el agua sagrada fluyó sobre mí y, al instante, todos mis pecados, esos horribles pecados de veinticinco años de crímenes, quedaron borrados. Y mi alma se volvió al instante pura e inocente.

Hermanos míos, Dios me ha perdonado... ¿Acaso no me perdonaréis? vosotros también?”

Varias personas, incluso antiguos compañeros de desenfreno, conmovidos por

estas palabras, se convierten. Le gustaba llamarse: “El convertido de la Eucaristía”.
(www.clairval.com)

VISITANDO A JESÚS

Llevo días pensando en esto: “¿Por qué Jesús, cuando vivió entre nosotros, pasaba curando a los enfermos, sanando nuestras dolencias Y ahora que se ha quedado en sacramento del Amor, la Eucaristía, pareciera que esto no ocurre?”

Señor; cuando te visito en el Sagrario, sé que verdaderamente eres Tú. Y me ves y me oyes. Reconozco también que nunca terminaremos de comprender los designios de Dios. ¿Por qué nos da la impresión que ya no sanas a las personas? ¿Por qué ese silencio tuyo, Señor?

La verdad, no sabía con quién hablar al respecto. Y de pronto pensé:

“Visitaré a Jesús y le preguntaré”.

Por eso fui a verlo, por la mañana, en la Sagrario y le expresé mis inquietudes. Todas mis preguntas eran: “¿Por qué esto, Señor?”

Y casi no le daba oportunidad de responder. Entonces, en un momento de silencio, vino a mi mente la historia de la mujer que tocó su manto.

Tan pronto llegué a mi casa la busqué en la Biblia. Necesitaba saber qué misterios encerraba, ¿por qué me pareció que Jesús me daba como respuesta algo que ocurrió hace tanto?

¿Qué tenía que ver esa pobre mujer con mis dudas? Regresé a mi casa y busqué el pasaje:

“Mientras iba de camino, una mujer que desde hace doce años padecía de hemorragias se acercó por detrás y tocó el fleco de su manto. Pues ella pensaba:

“Con sólo tocar su manto me salvaré”. Jesús se dio vuelta y al verla le dijo: “Ánimo, hija, tu fe te ha salvado”. Y desde aquél momento la mujer quedó sana” (Mt 9, 20-22).

Las cosas se aclararon un poco. “Tu fe te ha salvado”. Tal vez nos falta hacer un acto de fe. Creer de verdad, en sus promesas, en su Palabra. Saber con certeza que somos especiales para Él.

Llevaba conmigo el libro que usó mi papá durante su enfermedad y que tantos consuelos le dio: “Imitación de Cristo”. Lo abrí y leí:

“Hijo, yo soy el Señor que fortalece el día de las tribulaciones. Acude a mí cuando no te vaya bien. Lo que impide principalmente la llegada del consuelo celeste es que

recurre un poco tarde a la oración”.

Pensé entonces en el silencio que te rodea. Clamamos y parece que sólo hay silencio. Seguí leyendo el libro...

“¿Hay acaso alguna cosa difícil para mí? ¿Seré yo como esos que dicen y no hacen? ¿Dónde está tu fe? Mantente firme y constante. La consolación llegará a su tiempo, espera, espera, ya vendré y te curaré”.

Más aliviado, respondí:

“Señor, creo en tu Palabra. Esperaré confiado, a pesar de lo que puedan decirme...”

¿VAS A MISA?

Una muchacha me dijo hoy, por la tarde:

— Soy Católica.

Me alegré mucho y le pregunté inocentemente:

— ¿Vas a misa?

— No.

La miré sin comprender.

— Asisto a un culto protestante — me explicó.

Le pregunté con amabilidad:

— ¿Cómo es eso?

Luego de un silencio prolongado y de mirarme inquieta, me confió:

— Es que allí tuve un encuentro con Jesús.

— ¿Sabías que puedes tener un verdadero encuentro con Jesús en la Eucaristía? —
le pregunté.

Y continué diciéndole:

— Cuando recibes la comunión, recibes a Jesús, pareciera un pedacito de pan, pero: ¡Es Jesús! ¡Está vivo! Y te espera con ternura, con el amor infinito que le hizo dar su vida por ti... No es un Jesús que creas haber sentido o recibido.

Lo puedes tocar, comer, tenerlo en tu corazón, vivir con Él, para Él.

Jesús mismo te lo asegura: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre” (Jn 6,51).

Terminamos de hablar y me prometió que reflexionaría. Me hizo recordar las palabras de este buen sacerdote en su homilía:

“Los católicos somos ricos, pero vivimos como pobres. Dios nos ha dado riquezas espirituales de las que podemos hacer uso, todas para nuestra salvación. Están en la Santa Madre Iglesia. Y no nos acercamos a esas fuentes de gracia”.

Recuerdo haber leído sobre un obispo al que
detuvieron con acusaciones falsas.

Le dijeron para engañarlo:

“Te perdonaremos tu vida si nos traes las riquezas de la Iglesia”.

El obispo accedió y al día siguiente se presentó acompañado de pobres y enfermos. Los señaló a todos y dijo en voz alta: “Este es el tesoro de nuestra Santa Iglesia”.

Sonreí admirado por esta ocurrencia suya. Supo interpretar correctamente el sentido de la palabra “Tesoro”, “lo que es más valioso”.

No comprendo cómo muchos abandonan la Iglesia de Jesús sin detenerse a meditar en lo que hacen. Se dejan llevar por un sentimiento de alegría pasajera al sentir que han encontrado su camino en otro lado, donde los reciben con alegría y les dan esperanzas humanas.

Otros se perturban, dudan de su fe y se alejan, cuando leen en los diarios los ataques que lanzan contra la Iglesia santa.

Un sacerdote ha caído, se dejó llevar por su humanidad y muchos que tienen una fe vacilante caen con él. Los juzgan, por uno que ha sido débil. Duele, es verdad, pero no es el fin...

Conozco muchos santos sacerdotes y sé de miles más que viven su fe, dan testimonio y son hijos fieles nos muestran el rostro de Jesús.

Entre los mártires de Barbastro que murieron al grito de “¡Viva Cristo Rey!”, había seminaristas y sacerdotes. El Beato Miguel Pro, mártir mexicano, murió por ser sacerdote, el padre Damián quien se aisló del mundo para dedicar su vida a los leprosos, y falleció con esta terrible enfermedad, era un sacerdote católico.

Jesús te ama como eres. Tal cual, con tus defectos y virtudes. Sabe de qué estamos hechos. Por eso ha dejado tesoros inmensos a nuestro alcance, en su Iglesia, la que Él fundó, la católica. Yo he dejado de buscar, porque encontré en ella todas mis respuestas.

Iremos juntos (tú y yo) a una capilla y nos detendremos en la puerta. Parece una simple construcción, pero recuerda: hay cosas que no puedes ver. La fe. La esperanza. El amor fraternal. La búsqueda de la paz. La verdad. El encuentro. La amistad. La solidaridad. La gracia santificante.

Dicen algunos santos que si pudiésemos abrir los ojos del alma, veríamos miles de ángeles, cada cual más glorioso que el otro, adorando día y noche a Jesús Sacramentado, depositado en los Sagrarios del mundo entero. Nosotros lo dejamos solo. Ellos no.

Al pertenecer a la Iglesia de Jesús, entras a formar parte de su Cuerpo Místico. Por lo tanto las gracias que se guardan como un tesoro están a tu disposición cada vez que las necesites en tu camino de la vida. Dios te ha facilitado el camino al Paraíso.

Tal vez, al estar cerca de Jesús, podamos valorar un poco más nuestra fe, tal vez podamos conocerla, amarla más. Así podrás declarar con gozo, frente a todos, con

naturalidad, como aquél santo varón:

“Mi nombre es Cristiano.

Mi apellido, Católico”.

¿Qué ves desde la puerta de la capilla? Un altar frente a ti. A los costados un confesionario. Bancas para los fieles. Unos abanicos. Una señora que arregla las flores. El sacerdote ha salido y se para frente al altar. “¿Es este tu tesoro?” Amigo, mira nuevamente y te diré lo que yo veo y reconozco:

El sacerdote está celebrando el santo sacrificio de la misa. Dicen que una sola misa vivida con fervor nos daría tantas gracias que con ellas podríamos ser santos. Es la oración perfecta, la que más agrada a Dios.

Cuando eleva la Hostia Consagrada, sé que en sus manos tiene a Jesús. No dejo de mirarlo con amor, y le pido su Amor infinito. Sientes y sabes verdaderamente, que Él está presente.

Veo también el confesionario, donde tantas almas salen libres de culpas y pecados por la absolución del buen sacerdote que los escucha y los absuelve, no en su nombre sino en el de Jesús, al que ellos representan y sirven.

Sí, hay santos sacerdotes y laicos que se esfuerzan por vivir la santidad.

He descubierto lo maravillosa que es la santa Misa. Recibes gracias innumerables, bendiciones a cada momento. Y lo mejor de todo, recibes a Nuestro Señor en la sagrada Comunión. Por eso procuro ir a diario.

Hay una anécdota que me ocurrió hace pocos años. Viajé con mi familia a un poblado cerca de la frontera con Costa Rica.

Lo primero que hice al llegar fue averiguar el horario de las Misas. Y me encontré con que sólo celebraban 2 días a la semana. El lugar era enorme y había pocos sacerdotes.

Había dejado mi auto aparcado detrás de otro auto, en el estacionamiento de la parroquia.

Desalentado por la noticia, me fui a ver a Jesús sacramentado. El templo estaba cerrado. Me asomé por una ventanita y desde fuera me quejé con Él:

— ¿Me dejarás sin Misa? —le pregunté.

Regresé a mi auto y encontré a un sacerdote inquieto que miraba su reloj.

— ¿El auto es suyo? —me preguntó.

— Sí —respondí—. Lamento haberlo obstaculizado.

— No se preocupe —añadió—. Es que voy tarde para celebrar la Misa y es una comunidad alejada, a quince minutos de aquí.

— ¡Amén! —exclamé sorprendido — ¡Yo le acompaño!

Y así esa tarde, Jesús me regaló lo que tanto ansiaba, poder participar de la Misa.

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Hace algunos años descubrí una práctica piadosa que no he dejado hasta el día de hoy. Es la Comunión espiritual.

Muchos santos y sacerdotes nos hablaron sobre esta devoción de piedad, alentándonos a practicarla. San Josemaría Escrivá también escribió sobre este admirable misterio que nos confiere las gracias de la comunión Eucarística.

"¡Qué fuente de gracias es la Comunión espiritual! Prácticala frecuentemente y tendrás más presencia de Dios y más unión con Él en las obras".

Por el deseo sincero de recibirlo, Jesús te confiere la gracia. Lo da todo por las almas que tanto ama. Basta que lo deseen. Su Misericordia no tiene límites.

Cuando, por algún motivo, no he podido recibir la comunión Eucarística, me queda la comunión espiritual. Yo la recomiendo mucho, sobre todo a los que no pueden comulgar.

A veces, mientras conduzco el auto, hago un alto y repito la fórmula que me enseñaron un día para hacer la comunión espiritual.

También, durante la misa, al momento en que el sacerdote eleva la Hostia consagrada.

¡Qué momento! Jesús sabe encender nuestros corazones y siembra en nuestras almas el deseo fervoroso de recibirlo...

¡Dulce huésped del alma! Es una oración, sencilla en sí misma, pero, ¡cuán eficaz!:
"yo quisiera Señor recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra santísima madre, y con el espíritu y fervor de los santos".

Debiéramos repetirla con frecuencia, cada vez que podamos, y vivir más íntimamente unidos a Nuestro Señor

CUANDO OLVIDAMOS A JESÚS

Una vez leí que, en ocasiones “olvidamos a Jesús, por las cosas de Jesús”. Nos dedicamos a la Iglesia, a dar clases de Catecismo, pregonamos el Evangelio, participamos en las festividades religiosas, pero no llevamos a Jesús con nosotros. No damos ejemplo, porque hemos dejado a Jesús en el camino, o, caminando junto a Él no le reconocemos.

Es un riesgo que corremos y caemos con mucha facilidad, casi sin darnos cuenta. Descuidamos la oración y lo fundamental de nuestra fe, que es vivirla. Justo ayer en un almacén me encontré con un compañero del colegio. “Muy bonito lo que escribes”, me dijo, “imagino que vas a la Misa diaria”.

La respuesta fue: “Solía ir a diario y algo ocurrió en el camino”. Un amigo sacerdote me escribió una vez: “Debemos recobrar la ilusión primera”. Me he propuesto volver a tenerlo presente en mi vida, con mayor intensidad. Vivir en Su presencia cotidiana.

Volver a las buenas prácticas, la misa diaria, la oración, la confesión frecuente, recordar que Jesús vive en los demás. De nada me sirven estas palabras, si no las vivo. Es común escuchar comentarios como éste: “Va a Misa y mira cómo se comporta de mal”. Es en esos momentos cuando “olvidamos a Jesús, por las cosas de Jesús”.

Nos toca volver al principio y:

- 1) Amar a Dios con todo el corazón
- 2) Vivir en su presencia amorosa
- 3) Retomar la oración
- 4) Amar al prójimo, en verdad

¿Cómo recuperar a Jesús en nuestras vidas?

Ya lo sabes y es muy sencillo: “Amando, perdonando, orando, teniendo caridad con los demás... viviendo el Evangelio”. No te desanimes...

Tú puedes.

Hagamos lo nuestro, lo que está a nuestro alcance.

Dios hará lo demás.

UN DOMINGO ESPECIAL

El domingo fue un día muy especial. Pasé la mañana en mi parroquia vendiendo los libros que hemos publicado sobre Jesús.

Me senté afuera pensando lo que una vez me dijo una monjita:

“Lo que haga, conviértalo en un apostolado. Lleve a Jesús a los demás”.

Por eso participé temprano de la santa misa y comulgué. Deseaba ardientemente tener en alma y mi corazón a Jesús Sacramentado. Y que otros le conocieran lo amaran más.

Jesús, es mi gran amigo. Mi mejor amigo.

Reflexiono a menudo en este Tesoro inmenso que tenemos. Jesús, el hijo de Dios, verdaderamente presente en un pedacito de pan consagrado.

Es algo maravilloso. Dios, hecho hombre, disponible siempre para que le contemos nuestras cosas, para ayudarnos, y para que lo podamos comer y tener en nosotros, como templos del Espíritu Santo.

Este día en particular podía sentir su Amor y su presencia de una forma especial y única, en las personas que me rodeaban, en mi familia, en los sacerdotes que celebraban la Eucaristía.

Todo era presencia de Dios. Un Dios amable, Misericordioso y bueno.

Recordé a un amigo que llevaba años sin ir a misa. Murió su madre y escuché en la radio que esa tarde celebrarían misa por su alma. Por eso me desvié un poco del camino y lo fui a saludar.

—He venido a darte el abrazo de un amigo —le dije,
Dándole un fuerte abrazo.

Entonces me dijo algo que me conmovió:

—Hace mucho que no vengo a una Iglesia.

Y contemplando todo a su alrededor añadió:

—Se respira una paz que no conocía.

—Por esa paz es que yo vengo —le dije—. Una paz que en ningún otro lugar podrás encontrar. La Paz de Dios.

Mi esposa y mis hijos llegaron a las misa de 10:30 a.m. y los acompañé. Por la tarde nos fuimos a pasear, nos divertimos juntos y llegamos de noche a casa.

.....

Encontré una oración de la Beata Sor María Romero en sus escritos espirituales, que compartiré contigo:

¡Jesús Sacramentado y María Auxiliadora! ¡Mis dos grandes amores!...

Concédanme que nada ni nadie distraigan o perturbe mi obsesión concentrada en los dos.

Oh Amor, enséñame y ayúdame a amarte tanto Tú quieres que te ame y que ame y haga amar a la Virgen con locura.

Que en tu amor halle paz mi espíritu, reposo mi corazón y alegría mi alma.

¡Ah amor! Haz que viva y muera de amor por Ti, en los brazos de maría y haz que ame y cumpla siempre con prontitud, exactitud y alegría, tu Santa, adorable y divina Voluntad.

UN DÍA PERDIDO

Hoy fue un día perdido. Por la noche, antes de dormir, me senté a reflexionar. Y pensé... “¿Qué hice durante el día?” Repasé todos mis pasos.

Por la mañana me levanté muy temprano. Tenía tiempo de sobra para ir a Misa, pero decidí no ir. Preferí acomodar los libros, trabajar el inventario... “puedo ir luego”, pensé. Y salí en mi auto a visitar un cliente.

Pasé frente a una Iglesia y como muchas veces, sentí en mi corazón esa dulce voz que me llamaba: “¿Vendrás a visitarme, Claudio?” Seguí de largo y mientras pasaba me disculpé: “Ando apurado Señor, ¿te parece bien si te visito luego?” Y continué mi camino.

Empecé a darme cuenta de la cantidad de veces que Jesús me llamó para que lo visitara, fuera a Misa o sencillamente dedicara unos minutos a la oración. Un día sin Dios, es un día perdido.

A veces sientes que el buen Dios te pide algo. Suelen ser cosas sencillas. Por lo general son detalles que puedes cumplir con facilidad.

Lo escuchas en tu interior. Es como una certeza. Sabes que es Dios. En mi caso lo que más me pide es que lo vaya a saludar al Sagrario.

Me da tanta tristeza saber que se encuentra solo, nadie lo está acompañando, y corro a verlo y me quedo con Él. Me parece increíble.

Es Dios, nosotros unos simples mortales y aun así suspira por nuestro amor.

Una vez estaba comprando unas verduras y me pareció que alguien me decía por detrás: “¿Te acuerdas de mí?”

Me voltee para ver quién me hablaba pero no vi a nadie. Busqué a mi alrededor y entonces lo supe. ¡Era Jesús! En frente había una iglesia. Crucé la calle y lo fui a visitar. ¡Qué experiencia más increíble!

He pasado las más grandes vergüenzas con Jesús. Cierta vez conducía mi auto camino a la Iglesia. Iba pensando: “Iré a Misa”. Al rato me decía: “Mejor no voy. Estoy cansado. Iré directo a mi casa”. Y así fue todo el camino. Llegando a la Iglesia vi afuera el auto de un amigo al que no veía hace mucho tiempo, me alegré y estacioné el auto para saludarlo. No hice más que pisar la Iglesia cuando escuché en lo más hondo de mi alma una voz muy triste que preguntaba: “Y por mí Claudio, ¿no te alegras también?”

Miré hacia el sagrario. Habría querido desaparecer, pero acepté mi error y le dije:

“Soy un tonto. Perdóname Jesús. Por ti también me alegro. Haz que me enamore de ti con tanto amor que siempre quiera estar contigo”.

QUE ME ACERQUE POR AMOR

Vine a ver a Jesús por un problema muy serio. Y no sabía cómo resolverlo. Cuando atraviesas una dificultad muy grande, sueles mirar al cielo y buscar a Dios.

Aproveché que la misa aún no comenzaba y entré a charlar con Él en este bello oratorio, donde todo es paz y serenidad.

En este silencio me di cuenta que vine a pedirle favores, no para decirle que lo amaba.

No estaba bien. Quería verlo porque lo extraño, porque me encanta sentir su presencia amorosa y recé con todo el corazón:

*"Que me acerque a Ti, Señor, por amor.
No porque sufro.*

*O por un problema.
O por esta angustia que me come el alma.
O por una necesidad.
O un favor.
O una enfermedad.*

*Que te busque porque te amo.
Porque eres mi amigo.*

*Enséñame a confiar, para dejar en tus manos mis
problemas.*

*Que pueda amar, para amarte en verdad, como Tú
mereces, con un amor puro y desinteresado.*

Es la gracia que te pido".

Entonces ocurrió algo inesperado, sorprendente. Sentí una dulce voz interior que me consolaba: "No temas", me decía, "Yo estoy contigo".

La misa empezó. En medio de la homilía me acordé de esas palabras y las escribí en la palma de mi mano, para tenerlas presentes todo el día.

"No temas. Yo estoy contigo".

Al terminar de escribirlas, levanté la mirada y el sacerdote dijo:

"No temas", te dice Dios. "Él está contigo".

Lo miré sorprendido y continuó:

"No puede haber cristiano sin cruz. Pero esa cruz tan pesada, solos no podemos llevarla. Pídele a Jesús que te ayude y tu cruz será liviana y llevadera".

Fue asombroso.

Cuánta paz experimenté en ese momento. Recuperé la serenidad. La certeza de saber que Jesús estaba conmigo.

Entonces tomé una importante resolución:

"Entre la incertidumbre y la confianza, elijo confiar.

Confiaré a pesar de todo. Que se haga en mí Tu santa voluntad. Señor".

Ese gesto de abandono hizo la gran diferencia. Salí de misa tranquilo, feliz. Los problemas se solucionaron. Y lo mejor de todo, ocurrió hoy: He venido a ver a Jesús, por amor.

LA CARICIA DE DIOS

Un amigo de Argentina, Horacio Mantilla, quien es Ministro de la Comunión, me escribió sobre esta vivencia tan íntima y profunda:

“Hoy sentí nuevamente la caricia de las manos de Dios en mí, y todo porque le tuve en mis manos. ¿Cómo describirlo? ¿Es posible, acaso, describir el amanecer en sus más fugaces momentos? ¿O el atardecer, con sus dorados, rojizos y demás colores?

Le tuve en mis manos y mi corazón saltó de gozo porque me hizo sentir hijo, hermano, siervo y amigo, todo junto en una explosión multicolor del alma.

El estremecimiento que sigo teniendo durante la Consagración es el mismo, la pasión que surge de mi corazón al recibirle, es el mismo. Me afirma que no importa el lugar en donde estés, cerca del altar y a sus pies, el haberlo encontrado en la Eucaristía transformó mi vida y me compromete a ser mejor persona.

Al recibir la Eucaristía soy consciente de que me visita Jesús y que mi casa aún no está totalmente arreglada, que tiene rincones para limpiar, salas desordenadas, dormitorios con las camas aún deshechas.

Pero Jesús no las ve tal como está hoy, sino como estará mañana, limpia, ordenada y brillante. Tengo la convicción que Jesús permite que le veamos para alentarnos a que nos esforcemos a llegar cuanto antes, a tener el alma así”.

REFLEXIONES

* Nos falta esto: la pureza de corazón. Un corazón puro para recibir a Nuestro Señor. Convertirnos en una Sagrario Vivo, donde haga su morada. Revestirnos de Cristo. Ser uno con Él.

* “Señor, delante de ti, el mundo entero es como un grano de arena en la balanza, como gota de rocío mañanero, que cae sobre la tierra.

Te compadeces de todos, y aunque puedes destruirlo todo, aparentas no ver los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse. Porque tú amas todo cuanto existe y no aborreces nada de lo que has hecho; pues si hubieses aborrecido alguna cosa no la habrías creado.

¿Y cómo podrían seguir existiendo las cosas, si tú no lo quisieras?

¿Cómo habría podido conservarse algo hasta ahora, si tú no lo hubieras llamado a la existencia?

Tú perdonas a todos, porque todos son tuyos, Señor, que amas la vida, porque tu espíritu inmortal, está en todos los seres. Por eso a los que caen, los vas corrigiendo poco a poco, los reprendes y les traes a la memoria sus pecados, para que se arrepientan y crean en ti, Señor” (Sb 11,22-12,2).

* Desde la Sagrario, Jesús nos mira compasivo y nos sonrío bondadoso, como un hermano, como un amigo entrañable y bueno.

Sabe que no hay motivos para temer. Si las almas le conocieran, no dudarían en abandonarse a su

Misericordia. Correrían a buscar al Padre sabiéndose ciudadanos del cielo, hijos de un Rey.

* ¿Te ha ocurrido alguna vez? Te das cuenta que Jesús te llama porque su voz te llega como una dulce inspiración. De repente algo ocurre en tu interior. Sientes el deseo de hacer el bien.

Pasas frente a la casa de Dios y una voz interior te dice: “Detén el auto, ven a visitarme”. O sencillamente te pregunta: ¿Vendrás a verme hoy? Luego participas de la Santa Misa, recibes a nuestro Señor y se despierta en tu alma un “no sé qué” de tanta ternura desconocida para ti.

Con Jesús somos capaces de vivir intensamente, aquella vida que siempre hemos deseado, y la

Santidad anhelada, que guardamos tan dentro de nosotros desde niños, cuando

recibimos por primera vez a Nuestro Señor en la Santa Comunión. ¿Recuerdas aquél día? Tenías la felicidad a flor de piel, todo te parecía maravilloso. Un solo pensamiento llenaba tu vida y tu corazón: “el Amor de Jesús”.

Los años han transcurrido y ahora sientes que nada es igual. Los golpes de la vida te han llevado por otro camino. Yo he aprendido que con Jesús todo cambia.

Nadie permanece igual en su presencia. Tienes la oportunidad de enmendar tus errores. De salvar tu alma para la Eternidad. Sí, este es el mejor momento de tu vida. Cuando puedes decirle a Jesús: “quiero ser tuyo, que mi vida te pertenezca”. Y por su gracia y su Amor lo serás.

* ¿Escuchas la voz del Maestro? Jesús nos llama desde la Sagrario. Nos invita a visitarlo y consolarlo. A pasar ratos con Él.

* Basta una mirada de Jesús Sacramentado para cambiar el alma. Por esto suelo llevar a mis amigos a visitarlo en la Sagrario, cuando me cuentan sus problemas. “Sé quién puede ayudarte”, les digo. Y los llevo ante Jesús.

* Hoy pasé a saludar a Jesús y en la capilla encontré un arreglo de flores que le obsequiaron a la Virgen. Estaba lleno de orquídeas. Son flores muy delicadas, pero se veían tan firmes, resplandecientes...

Me acerqué y descubrí un alambre del color de los tallos, casi invisible, que sostenía y daba forma a las flores. Pensé en ese momento: “Dios es igual con nosotros. No lo vemos, pero siempre nos sostiene”.

* Me pregunto cómo sería el mundo si todos te conocieran Señor.

* Aún muchos no comprenden que la Iglesia es tu Cuerpo Místico.

* Apenas te conocemos, por eso tantos te abandonan. Dejan la gracia santificante, los sacramentos, a tu Madre... y por último a Ti, que estás presente, verdaderamente, en los sagrarios del mundo entero.

* Sustenta tu vida con la oración, el amor a Dios, a Jesús Sacramentado y una devoción profunda y verdadera a la Virgen Santísima, nuestra Madre del Cielo.

* “Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio”. (Santa Teresa de Jesús)

* Perdona Señor nuestra indiferencia, al dejarte solo con tanta frecuencia en la Sagrario.

* Después de la ceremonia de nuestra ordenación sacerdotal y tener por primera vez a Dios en nuestras manos (ya que en aquellos tiempos los seglares no tocaban

la sagrada forma), un ¿compañero mío recién ordenado se miró a las manos y se dijo a sí mismo en voz baja que yo le oí: “Parece mentira, parece mentira; tener a Dios en mis manos”. (Padre Carlos Valles)

* Estoy feliz con Jesús. Me encanta visitarlo y conversar con Él. Es un amigo de verdad. Me ha enseñado lo que es la ternura y la amistad.

* Si algún día alguien me llama:

— Claudio ¿qué haces?

Me gustaría poder contestar

Como Elías:

— Ardo de amor por Yahvé.

En mi caso diría:

— Ardo de amor por Jesús.

LA COMUNIÓN DIARIA

A menudo medito en las cosas que me ocurren. He notado que cuando dejo la comunión diaria, la vida se me hace más inquietante. Dejo de ver las cosas con claridad, me expongo a mayores peligros, para mi alma.

Últimamente he abandonado esa hermosa costumbre, habituarme a ser un sagrario vivo y llevar a Jesús a los demás.

Dejar que Dios habite en mí y yo en Él.

Nos llenamos de pereza y de pronto un día dejamos de ir, luego otro y otro y cuando acordamos nos hemos convertido en personas dominicales.

Venía pensando en esto. Cuando dejo la comunión diaria, las tentaciones son más frecuentes, más intensas. Y caigo con mayor facilidad. Soy otro Claudio, el que no quiero ser.

Ya lo decía el buen Padre Ángel: “Quien no ora no necesita diablo que lo tienta”. La Eucaristía es la más perfecta de las oraciones, la más enriquecedora, la que más llena el alma de gracias y consuelos.

Me propuse retornar la misa diaria. Hoy fue mi primer nuevo día. Un nuevo acercamiento con Jesús Sacramentado.

Me pasaron dos cosas curiosas. Fui a una capilla pequeña, familiar. Llegué unos minutos tarde. La capilla estaba llenísima. El padre al verme entrar y mirar a todos lados, buscando donde sentarme, me dijo desde el altar:

“Ven Claudio, siéntate a mi izquierda”. Y yo pensaba: “Señor, ¿por qué me tienes tan cerca de ti?” Y sentía en el corazón esta respuesta: “porque te amo”.

Al terminar la misa una señora se me acercó y me dijo: “He sentido en el corazón que debo decirte estas palabras: “Toda persona que Evangelice Y se dedique a seguir mi camino debe acercarse a la Eucaristía diaria”.

Así es Señor,

Volveré a verte

Todos los días.

Y estaré contigo.

Y viviré en ti,
por ti y para ti.

LA EXPERIENCIA DE CARLOS

Hace unos años conocí a Carlos, un joven que sufrió un terrible accidente en Costa Rica. Casi pierde la vida. Al despertar del coma estaba ciego, sordo, y parálítico. Además había perdido el gusto y el olfato.

A pesar de este contratiempo nunca perdió la confianza en Dios. Esto lo mantuvo vivo y le permitió recuperarse por completo.

En los momentos de mayor dolor y tribulación se decía: “Me voy a reponer”. Y rezaba esta oración de Santa Teresa: “Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene, nada le falta, Solo Dios basta”.

La decía una y otra vez, hasta que pasaba el dolor. Con el tiempo, Carlos fue recuperando las funciones básicas del cuerpo, podía moverse y hablar y oír, pero aún no veía. El oftalmólogo que lo revisó le advirtió que jamás volvería a ver. Sus nervios ópticos se habían lacerado y tenían un daño permanente.

Cuenta Carlos que una enfermera solía llevarlo a la capilla para orar. Una tarde lo dejó solo mientras atendía una llamada de emergencia.

Él aprovechó este momento para decirle a Jesús:

— Mira Señor, si Tú quieres puedes sanarme, pero si deseas que te sirva con esta ceguera, pues entonces me quedaré ciego.

A los minutos los ojos se le abrieron y empezó a ver la figura borrosa de un Cristo resplandeciente que tenía los brazos abiertos y le decía:

“Hijo mío. Soy Yo quien te ha curado”.

Los médicos no podían creerlo, revolucionó a todas la institución y corrieron con él donde el oftalmólogo, quien al revisarlo le confesó:

— Carlos, yo soy ateo y no creo en Dios. Pero ese doctor que te ha curado, es mejor que todos nosotros, hace maravillas, y tienes que presentármelo”.

Carlos le respondió:

Años después Carlos se graduó de Arquitecto. Actualmente es profesor en una Universidad y tiene una visión perfecta.

¿POR QUÉ DUDAMOS?

He comprobado a lo largo de 57 años, que Jesús siempre está a nuestro lado, como el mejor de los amigos.

Empecé a conocer su Palabra y sus promesas... y NUNCA he quedado defraudado. Sus promesas se cumplen, lo sé por experiencia. Jesús mismo nos dijo:

“Mientras ustedes permanezcan en mí y mi palabra en ustedes, pidan lo que quieran y lo conseguirán” (Jon. 15,7).

Acércate a Jesús en la Eucaristía, confiando en su palabra. “Señor” dile con un corazón arrepentido, “si quieres puedes sanarme”.

Y Él te responderá: “Quiero”.

Jesús no pierde ocasión, para enseñarnos y
Hacernos reflexionar.

—Me he quedado sorprendido por esta respuesta, Señor.

—Hijo mío, ¿cuántas veces al día te invito a la oración y no haces caso?

¿Cuántas veces te alejas de mí con tus pensamientos y tus obras?

¿Cuántas veces tengo que darte la gracia, el deseo de buscarme, de estar conmigo?

¿Cuántas veces te sugiero que te acerques al Sacramento de la Reconciliación?

Respóndeme, hijo mío: ¿Cuánto tiempo dedicas a la oración? Te llamo a ser santo y te conformas con la vida que llevas. Tal vez no te das cuenta, pero siempre estoy contigo, a pesar de tu poco interés en la vida interior. Has de saber que yo nunca me desanimo, siempre te estaré llamando. Conservo muy dentro de mi Sacratísimo Corazón, la ilusión de que cambies.

Aún hay tiempo. Reacciona. Puedes lograrlo.

Comprende que te amo, que lo eres todo para mí y que lo doy todo por ti.

Dios quiere que confiemos en Él.

UNA CAPILLA CERCANA

Hoy, de casualidad, descubrí una capilla cercana a mi trabajo. Está apenas a dos cuadras.

No imaginas la felicidad que experimenté. No pude seguir de largo. Me bajé para saludar a Jesús.

“Tan cerca y no lo sabía”, le dije.

Y casi exclamo: “¡Eres mi vecino!”.

Pensé en Jesús, también feliz por mi visita,
Respondiendo:

“Ahora que lo sabes, ¿me visitarás acá?”

“Sí Jesús”, le respondí. “Eres mi mejor amigo”.

Él me decía tantas cosas en tropel, de lo alegre que
Estaba por mi visita.

Lo imaginé como un niño que se encuentra con su amiguito, después de una semana sin verse. ¡Hay tanto que contar!

Imaginé a Jesús mirándome desde aquel Sagrario, tan tierno y bueno. Sonriendo.
Llenando al mundo de
Gracias.

Recordé a un sacerdote que está enfermo y le pedí por él. Luego me marché, con una emoción que me llenaba el alma.

También descubrí algo maravilloso.

Como trabajo en un tercer piso, se me ocurrió buscar la capilla desde el ventanal de mi oficina y la encontré. Justo detrás de un pequeño edificio.

“Te veo”, le dije emocionado.

“Acá estoy”.

Y me pareció que respondía:

“También te veo Claudio”.

La verdad es que interrumpí el trabajo como cinco veces para asomarme por la ventana y verlo de nuevo. No pude evitarlo. Me sentía tan contento.

Aproveché para hacer un rato de oración, y decirle que lo quería y agradecerle esta gracia.

Es de noche. Escribo desde mi casa, recordando

Aquella agradable experiencia, anhelando que sea de día otra vez, para pasar a verlo en aquella capilla. Y luego, desde mi oficina, asomarme por el ventanal. Y estar con Él.

¡Vaya regalo! Lo tengo de vecino, a mi mejor amigo. Mi amigo Jesús.

EL OTRO LADO DE LA CALLE

Esta tarde he pensado mucho en Jesús, solo, en aquél sagrario cercano.

Trabajo en un tercer piso y desde aquí puedo ver la capilla, al otro lado de la calle, tras unos árboles.

Me gusta asomarme e imaginar que estoy con él, haciéndole compañía.

“Hey, Jesús, aquí estoy”.

Y Jesús feliz me responde:

“Hola”.

Su bondad es algo que sobrepasa nuestro
Entendimiento.

“Jesús, no quiero que te sientas solo.
¿Te puedo acompañar desde aquí?”

*“Claudio, no sabes cuánto me ilusiona que me visiten. Me encantan tus visitas,
aunque sean desde una ventana”.*

Me he puesto a conversar con Él parte de la tarde.

Y estoy tan contento.

Sientes la gracia que él te da.
Los consuelo espirituales con que te bendice.

¡Qué bueno eres Jesús!

LO IMPORTANTE

Caminaba por el barrio y pensé:

“¿Qué es lo más importante para Dios?”

Me pareció escuchar una dulce voz interior que respondía:

“Tú eres lo más importante para Dios”.

Entonces pasó frente a mí una señora y escuché:

“Ella es lo más importante para Dios”.

Luego pasó un joven a mi lado y la voz me dijo:

“Él es lo más importante para Dios”.

En ese momento pude comprender: “Nosotros, sus hijos, todos, somos lo más importante para Él”.

CONFIA

Un amigo me lo ha recordado:

“Para ser sanados no basta creer en Dios, hay que creerle a Dios”.

Es verdad... Nos falta la fe.

Confiar en Él.

Tener la certeza que es nuestro Padre y que todo lo hará para nuestro bien. Por eso me encantas las palabras de san Juan Crisóstomo: “Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer?”

.....

La oración es fundamental.

Sin ella estamos perdidos.

.....

¿De qué sirve hablar de Dios,
si no hablamos con Dios?

.....

Es mejor sumergirnos en la oración,
que en la desesperación.

.....

Hay momentos en que basta un:

“*Gracias Señor*”,

o un “*Ayúdame Señor*”,

para que Él se haga presente

y nos envuelva con Su Amor.

.....

Cuando tengas dudas, piensa esto:

“Dios me ama. Eso me basta”.

.....

Hay muchos cristianos que no saben por qué están en el mundo.

—¿Por qué Dios mío, me has puesto en el mundo?

— Para salvarte.

— Y ¿por qué quieres salvarme?

— Porque te amo.

¡Qué bello y grande es conocer, amar y servir a Dios! Es lo único que tenemos que hacer en el mundo. Todo lo demás es tiempo perdido.

El cura de Ars

QUÉ QUIERO DE DIOS

A mi edad, la vida cobra diferentes significados. He visto a mis hijos nacer, he visto a mi padre partir. He leído muchos libros y escrito otros. He sembrado árboles. Y en ocasiones, he sentido la presencia viva de Dios en mi pequeño corazón.

Cada vez que voy a comulgar, miro a Jesús en esas hostias blancas, hermosas, consagradas, y le repito a Jesús una y mil veces que le quiero, que soy feliz sabiendo que es mi amigo.

Su amistad me ha acompañado a lo largo de mis días. Sé que está conmigo, como está contigo.

De niño, mi mayor deseo era ser santo, tener contento a Jesús.

Recuerdo una dulce monjita a la que le conté y me preguntó: “¿Y ahora?”

“Ahora más”, le respondí. “Pero cometo tantos errores...”

Vivimos de la gracia, nos sostiene el Amor infinito del Padre.

Me doy cuenta lo pequeños que somos y lo grande que es Dios. Y me encanta saber que soy su hijo, que somos sus hijos y por tanto, hermanos.

Siempre he sentido que esta búsqueda de Dios es como escalar una montaña. Suelo rodar cuesta abajo, pero persisto y empiezo a escalar de nuevo.

Y mientras escalo pienso: “Debo esforzarme, amar más. Amaré al que me hizo daño, al que no me comprende, al que me ama”.

La vida es tan corta que vale la pena gastarla en algo más grande que nosotros, en alguien: “Dios”.

La vida es para ser vivida. Hemos venido a este mundo para ser felices, para amar.

Me han dicho que debemos ser como un reflejo, un eco del amor de Dios, llevarlo a los demás. Yo pienso que Dios espera que demos el primer paso, anhela una pequeña gota de nuestro amor. Le encanta saberse amado por sus hijos.

Dios espera lo que podemos dar, para multiplicarlo y convertirlo en algo extraordinario.

Con su Amor, podremos amar desinteresadamente, amar por el puro hecho de saber que el otro, es mi hermano.

Es Dios no nosotros, la respuesta. Es su Amor no el nuestro, el que traerá la paz. Es su gracia la que transformará nuestras vidas.

Si un día Jesús me preguntara:

“¿Qué quieres Claudio? ¿Qué puedo darte?”

Le respondería sin dudarle:

“Te quiero a ti buen Jesús, porque teniéndote, lo tengo todo”

UN GESTO DE AMOR

Ojalá comprendas en inmenso tesoro que se te ha dado con la Eucaristía.

Asiste con tiempo para ofrecer tu vida, tu familia, tu trabajo y todas tus obras a Dios.

Asiste a tiempo para pasar un rato a solas con Él.

Asiste a tiempo como un gesto de amor.

A Jesús le encanta cuando vives la misa y participas con devoción, cuando le inculcas a tus hijos que Él está presente en cada hostia consagrada y cuando das ejemplo participando de la Eucaristía.

Anda... Jesús te espera.

ORACIÓN PARA REZAR

ANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

ANTES DE LA MISA

Hola Jesús.
He venido a verte.
Ha pasado tanto tiempo.
¿Recuerdas la primera vez
que te recibí en mi corazón?
Me miraste ilusionado.
Yo era un niño y me sonreíste
con tanta ternura.

Me dijeron que tú estabas
en la Hostia santa
y guardo esa sonrisa tuya,
como un tesoro.

Los años pasaron
y aquí estoy, de nuevo, frente a ti.

Sabes, me cuesta rezar.
No lo hago como debiera.

Me he llenado de desilusiones.
Y lo único que deseo
es recobrar la Paz.
Volver a ser feliz
conmigo mismo y con los demás.
Tengo tantos problemas
y ahora esta enfermedad.
A veces no duermo Jesús,
pensando en ellos.
Y me desespero.
¿Podrás ayudarme?

No me mires a mí,
mira al niño que habita en mí
y que siempre te ha amado.

Sabes, Te quiero.
Sé que no soy el que debiera ser.
Lo he intentado.
¿Podrás perdonarme?

Suelo llenarme de dudas
y no es que quiera...
Pero mi vida ha sido tan dura.

Hijo mío: *Aquí estoy.*
Te veo. Te escucho. Cuéntame...
¿Qué puedo hacer por ti?

“Señor, sáname”.
Soy como el ciego Bartimeo
que gritaba: “Jesús, hijo de David,
ten compasión de mí”.
Ahora te imploro:
“Jesús, Hijo de Dios,
ten piedad de mí”.
Si Tú no me ayudas...
“¿A quién iré Señor?”
¿Me vas a sanar?
¿Te acordarás de mí?
¿Harás ese milagro de amor?
Quiero que sepas que te quiero.
Y te lo agradezco todo.

Sea lo que sea... lo acepto.
Que en mi vida se haga siempre
Tu voluntad, no la mía.
Qué bueno es estar aquí,
contigo Jesús.
Respirando esta paz...
la serenidad que proviene de ti.
La misa está por empezar.
Quiero vivirla.
Y renovar nuestra amistad.
Ser un sagrario vivo.
Y llevarte a los demás.

Gracias Jesús... por este rato que pasamos juntos. Me siento mejor...

“Te amo Jesús”.

UN ESCRITOR CATÓLICO

Nací el 3 de julio de 1957, en Colón, una ciudad costera al este de Panamá. Teníamos el mar cercano y al salir del colegio solía ir a pescar con mis hermanos.

Mis padres escogieron para mí el Colegio Paulino de San José, que dirigían las monjas franciscanas. A esta edad, me siento agradecido por aquella decisión. Nos enseñaron a amar a Jesús presente en la hostia Santa, el respeto y cariño a los sacerdotes, a vivir la santa misa, y comprender lo importante que es la oración.

Me encantaban aquellas tardes de verano cuando nos sentábamos en silencio para escuchar las historias que nos contaban las hermanas, sobre la vida de los santos. Yo me sentía uno más con ellos y anhelaba ser santo también.

Mi mejor amigo, vivía enfrente de mi casa. Era Jesús. Allí estaba, en el sagrario de un pequeño convento de las Siervas de María. Solía cruzar temprano para estar con Él antes de irme al colegio.

La vida, quién la comprende, da muchas vueltas y siempre nos trae sorpresas. En esos días de Colón, escuchando a las monjitas franciscanas, quise ser santo. Fue un sueño que brotó en mi alma infantil, como una semilla que germina.

La verdad es que dejé de cuidar esa plantita y anduvo medio seca bastante tiempo (algo deteriorada).

A los años me di cuenta que esa planta era un regalo. Había que cuidarla, abonarla, regarla por las tardes, cuando no pegaba el sol y yo no lo hice.

La santidad es algo por lo que vale la pena preocuparse. Descubrirlo fue todo un acontecimiento que marcó mi vida. Los años transcurrieron y de pronto, un día me encontré atravesando una gran dificultad.

Cuando las crisis te envuelven es como si se detuviera el tiempo. Parece que te has parado frente a un cruce de caminos y debes elegir qué ruta tomar. La que escojas, cambiará tu vida.

Tenía dos opciones muy claras, confiar en la Providencia, abandonarme en las manos de Dios o desesperarme y llenarme de angustia. Elegí confiar. Después de todo, Jesús nunca me había dado motivos para desconfiar.

Estuve sin trabajo y no sabía qué hacer. Como nadie me contrataba, decidí hacer algo diferente. Una mañana de verano fui a un oratorio cercano a mi casa. Entré a la capilla donde custodian el Sagrario y le dije a Jesús: "Nadie me da trabajo. ¿Me contratarías Tú?"

Ocurrió algo inesperado. Me pareció escuchar una dulce voz interior que al segundo respondía:

"Trabajarás para mí".

Me marché muy consolado sin tener idea de lo que haría, pero iba feliz sabiendo que tenía el mejor patrón del mundo, uno que paga mil por uno y no se cansa de dar, amar y perdonar.

A los días asistí al Focolar en Panamá, para ver unos videos de Chiara Lubich, su fundadora. Dijo unas palabras que me marcaron: "Donde quiera que vayan, hablen de Dios, escriban de Dios, no se cansen de hacerlo. Que Dios vuelva a estar de moda".

Desde ese momento pensé que escribir era el camino. En esos días una voz interior me urgía: "Escribe, Deben saber que los amo".

Desde entonces no he parado. Llevo más de 60 libros. La mayoría con 20 ediciones continuas y presentes en librerías de países como España, Estados Unidos, Colombia, Nicaragua, Costa Rica, República Dominicana, Bolivia, Argentina, El Salvador, Brasil... Y ahora en Guatemala.

No dejo de maravillarme por la bondad de Dios.

¿Cómo ha sido esto posible? Tengo una teoría. Creo que Dios a todos da en la medida de nuestra confianza. Si confías mucho, recibes muchos, si confías poco, recibes poco. Hay otra clave. La descubrí en la santa Biblia: "Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá" (Jn 15,7).

A menudo me da por recordar aquella vez que decidí dejar de escribir estas vivencias. Pensé que no valía la pena. ¿Quién le prestaría atención? ¿Para qué perder el tiempo?

A veces llega el desánimo y uno se cuestiona tantas cosas.

Fue una tarde de marzo. Mi esposa me llamó para que fuera a buscarla. Estaba en el supermercado. Ese día todo cambió. Le había dicho a Dios: "Dame una señal. ¿Quieres que escriba?"

Cuando estacioné el auto y me bajé, una señora, que salía del supermercado me preguntó: "Disculpe, ¿usted es Claudio de Castro?"

Asentí con la cabeza y añadió: "¿Por qué no está escribiendo? Debe hacerlo".

Sonreí pensando en la bondad de Dios. Entré al supermercado y en uno de los pasillos otra señora me abordó: "Perdone, hace rato que no leo algo suyo. ¿Está escribiendo? No deje de hacerlo".

"Mensaje recibido", respondí sonriendo, sin que ella comprendiera mi respuesta.

Por fin encontré a mi esposa Vida. Conversaba con una prima. Cuando me acerqué, su prima me dijo: "Debo decirte algo importante..."

Jocosamente respondí: "Mensaje recibido". Y le expliqué. Quedó tan impresionada como yo.

Desde aquella tarde no he dejado de escribir. Fundé una Editorial Católica, Ediciones Anab / y una librería virtual.

Hay que escucha la voz de Dios. Procurar hacer lo que nos pide. Si lo haces, tu vida va a mejorar radicalmente. Te lo puedo asegurar. No es algo que he leído ni me lo han contado. Lo vivo cada día.

Dios no se deja ganar por nadie en generosidad.

Querido lector:

Gracias por acompañarme en estos momentos de reflexión.

Espero que te haya gustado nuestro libro. Si fue así, te agradeceré me dejes una reseña con tu opinión. Nos ayudaría bastante.

Tenemos otros libros que te van a interesar. Debes leerlos.

NUNCA TE RINDAS

MICRO RELATOS

EL MISTERIO DEL MANUSCRITO VOYNICH

EL CAMINO DEL PERDÓN

EL GRAN SECRETO

En esta foto estoy con mi esposa Vida y de fondo algunos de los libros que hemos publicado para ti.

<https://www.amazon.com/author/clauidiodecastro>

